

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI *

BARCELONA 26 DE ABRIL DE 1900

* NÚM. 492

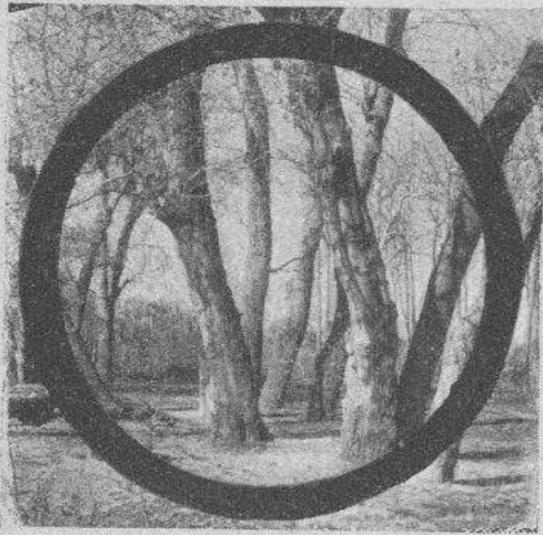
EL QUE NO SE CONSUELA...

FILOSOFÍA ESTANQUERIL



—¿Mal tiempo? Buena cara;
nunca me apuro.
¿No se vende el tabaco?
Yo me lo fumo.

EN PARÍS



OLVIDANDO la advertencia del Evangelio, que oportunamente anunció que «los últimos serán los primeros»—que es como decir que los primeros serán los últimos,—la familia Cordero ha querido ser *primero* y ha ido á París.

El Cordero padre, alarmado con los rumores que habían llegado á sus oídos, ya se lo dijo á su mujer:

—Creo, Finita, que hacemos un disparate. La Exposición está en mantillas y no vamos á ver nada.

Pero la Cordera mayor, que, al fin buena cubana, hace cuanto se le antoja, aunque lo que se le antoja sea un desatino más grande que el Morro de su tierra, ni siquiera se dignó rebatir la observación de su marido.

—Anda, hijo,—le contestó:—haz que arreglen á los niños, lía el petate y vámonos á Francia.

Y allá se fué la tribu Cordero, compuesta de seis personas casi blancas, una criada casi negra y un periquito casi de todos los colores.

Llegados á París, se meten en el primer hotel que el azar les depara y que, al decir del mozo que les ha acompañado desde la estación, es uno de los más confortables de la gran ciudad. Y aquí empezó Cristo á padecer.

—¿Cuántos son ustedes?—pregunta al jefe de la familia el dueño de la fonda.

—Siete, con la criada.

—El loro ¿no es de ustedes?

—Mucho que sí.

—Pues diga usted ocho. Estos animales comen lo mismo que una persona mayor.

—Es que nosotros pensamos mantenerle con las sobras.

—*Pardon*. Aquí nunca sobra nada, caballero. La casa es muy seria y toma bien sus medidas. ¿El nombre?

—¿Del loro? Es anónimo.

—De ustedes.

—¡Ah! Vaya apuntando: Señor Cordero, señora de Cordero, cuatro Corderos hijos...

—Vamos,—dice por lo bajo el fondista, escribiendo rápidamente en el registro de viajeros:—todo un rebaño.

Designado el cuarto que les corresponde, los recién llegados se apresuraron á instalarse, si cabe llamar instalación al hacinamiento de siete personas y cuatro mundos en un gabinete no mucho mayor que un ómnibus.

—¡Ea! Eso se arregló,—dice el marido después de haber distribuído á su manera el gabinete:—Nosotros, con el chiquitín, dormiremos en la cama grande; los dos mayores en la pequeña, el otro en el sofá, y la criada... en el suelo. ¿Os parece bien?

—Divinamente,—dice doña Finita, que, como de costumbre, no se ha enterado de nada de lo que ha dicho el señor Cordero, ni falta que le hace.—Y ahora ¿á dónde pensáis llevarnos?

—¡A ver la Exposición!—grita el más crecídito de los muchachos, harto de molestar al loro y de pellizcar á la criada.

—¡Vamos allá! A eso hemos venido.

Errando por las calles de París, que desconocen completamente, los Corderos parecen una manada de nómadas perdidos en un bosque virgen.

—Señor guardia,—pregunta el papá cada vez que acierta á encontrar á un agente de orden público.—¿Es éste el camino de la Exposición?

—Sí, pero luego vuelvan ustedes á la derecha, en seguida á la izquierda, después otra vez á la derecha, y...

—Sí: y así sucesivamente: siempre volviendo y revolviendo, de izquierda á derecha y de derecha á izquierda.

LA MUSA POPULAR



No me mires de reojo,
que es mirada de traidor;
mírame así, cara á cara,
que es miradita de amor.

Desde mi casa á la tuya,
morena, no hay más que un paso:
desde la tuya á la mía,
¡ay, qué camino tan largo!

En la sierra eres nacida,
y en la sierra eres criada;
por eso, chiquilla mía,
son tus partidas serranas.

Si con un beso me matas,
no tengas remordimiento;
¡verás cómo resucito
así que sienta otro beso!

La Saeta

Llegados por fin á la Meca de su peregrinación, los Corderos se quedan poco menos que petrificados.

Aquello no es la Exposición Universal, ni Picard que lo fundó. Allí no hay otra cosa que un campo de Agramante, un taller inmenso ocupado por miles de operarios que se afanan montando columnas, remachando clavos, aserrando, y moviendo un ruido que mete miedo.

—*¡Prenez garde!*—les gritan al trasponer una empalizada, que se sostiene de milagro.

—*¡Pardon!*—les dicen al querer penetrar en un recinto lleno de yunques y fraguas:—*l'entrée est defendue.*

—*¡Ohé, les baduads!*—les sueltan desde un andamio que chorrea albayalde.

—Dígame usted,—pregunta por último el Cordero mayor al centésimo vigilante que se adelanta para impedirles el paso:—¿Cuándo podrá verse eso, con toda comodidad? ¿Mañana?

—A últimos de Julio,—contesta el empleado con mucho aplomo.

—¿Dentro de tres meses?... ¡Carambita! Media vuelta y á la fonda.

Cuando rendidos y muertos de hambre llegan á su alojamiento, el fondista, antes de

empezar el servicio, les presenta la nota de precios, «costumbre establecida,—dice,—para evitar ulteriores disgustos.»

Y comienza á leer:

«Habitación, por día, 50 francos.—Almuerzo, 10 francos por boca, sea de persona, sea de loro.—Comida, 15 francos.—Vino, aparte.—Desayuno, aparte.—Alumbrado, aparte.—Limpieza, aparte.—Palillos, aparte...

—No *aparte* usted más,—dice el Cordero jefe, interrumpiendo.—Sepa usted que hoy mismo nos volvemos á casita.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque vuestra Exposición Universal está todavía en estado de canuto. Hemos visto el Palacio de la Industria y ¡qué espectáculo!...

—Está terminándose, señor.

—¡Y el de Minería y Metalurgia!...

—También terminándose.

—¡Y el de Artes y Ciencias!...

—Se terminará en breve.

—¡Acabe usted de una vez, hombre!—exclama el señor Cordero perdiendo la calma.—Diga usted que todo, absolutamente todo, está á medio concluir.

—¡Oh, nó! Todo, nó, señor.

—¿Nó?... ¿Qué hay, pues, que está completamente terminado y á la disposición del público?

—Las nuevas tarifas de las fondas, caballero.



UNA INGLÉSITA

¡Quién fuera boer, para declararle... la guerra y sitiarla en seguida!

ADOLFO PALMA

DEL GENERO CHICO



*«Me parece que semos
pa un banco tres piés.»*

UN BOCETO

A mi amigo el joven escultor valenciano LORENZO RIDAURA

En aquel caballete, improvisado
con cuatro pobres tablas,
álzase, airoso, el admirable busto
de una hembra sevillana.

Quieren velar los inclinados párpados
la profunda intención de la mirada;
pero el vívido sol de Andalucía
en el barro insensible se retrata.

La boca diminuta
ábrese á impulso de una risa franca,
é imprime dos hoyuelos seductores
que piden besos y derrochan gracia.

Casi desnudo el incitante seno
permite así admirar la línea clásica,
que apenas cubre entre sus blandos pliegues
un pañolón de flores y de randas.

Caen los cruzados flecos
sobre el costado de gentil guitarra,
pletórica de amor y sentimiento,
andaluza sonámbula.

Completan la feliz alegoría
manzanilla y Jerez en limpias cañas...
¡y el arte creador, que late y vive
en cada una de aquellas palilladas!

V. SERRANO CLAVERO



Vuelta á la vida

LES VIELLES MAITRESSES

Ange Benigne

LUISA, 19 años. ROSARIO, 28 años. ALFONSO, 30 años

Luisa.—¡Uf, cuánta gente!

Alfonso.—Sí, no podrás quejarte, mujercita mía; nuestras reuniones, ó por mejor decir, las tuyas, pues tú eres quien las organiza, cada día tienen mayor éxito.

Luisa.—No son mías, son de los dos.

Alfonso.—Pero tu belleza y gracia son los principales atractivos; ellos solos son los que atraen tanta gente.

Luisa.—¿Lo crees así?

Alfonso.—Vaya.

Luisa.—Pero, lo dirás sin celos.

Alfonso.—¡Oh, claro!

Luisa.—Pues mira, si tú tienes esa seguridad respecto á mí, yo no puedo decir otro tanto respecto á tu persona.

Alfonso.—¡Hola!

Luisa.—Sí, hay esta noche en el salón quien despertará en ti recuerdos agradables.

Alfonso.—¿Cómo?

Luisa.—Está Rosario.

Alfonso.—¿Qué? ¿La has invitado tú?

Luisa.—Naturalmente.

Alfonso.—Pues ha sido una inconveniencia; demasiado sabes, pues yo te lo confesé cuando nos casamos, la clase de relaciones que nos había unido á ella y á mí; debiste acordarte de esto, y no hacerla que viniera á nuestra casa.

Luisa.—Ha venido voluntariamente; ha aceptado mi invitación.

Alfonso.—Claro; ella no puede confesar públicamente lo que en secreto sabemos los tres.

Luisa.—Y por lo demás... ¡Ah!, aquí viene.

Rosario.—¿Interrumpo?

Luisa.—Nó, por Dios, querida; estaba recibiendo, una vez más, protestas del cariño de mi marido.

Rosario.—¿Innecesarias, supongo?

Luisa.—Del todo; tengo la seguridad de que me ama de veras y que soy la primera y única que ha despertado en él ese sentimiento.

Alfonso (aparte á Luisa).—Por Dios, ten prudencia.

Rosario.—Es natural, puesto que se ha casado.

Luisa.—Sí; encontró la mujer digna de ser amada.

Rosario.—¿No la había buscado antes?

Luisa.—Sí, pero en vano.

Rosario.—Le felicito, entonces.

Alfonso.—Nó... yo...

Luisa.—Con su permiso, voy á dar una vuelta al salón; Alfonso, ofrece el brazo á Rosario. (*Luisa se aleja*).

Alfonso.—Perdona, digo, perdone usted á Luisa; es una chiquilla.

Rosario.—Sí, pero una chiquilla mala. Todo lo que ha dicho ha sido para mortificarme; no ignora, sin duda, que yo he sido... algo para usted; algo que era muy íntimo, que llevaba consigo amor, pasiones y deseos; lo sabe, ha querido humillarme, ha tratado de ver si revolviendo brutalmente entre las cenizas, salía alguna brillante llama que denunciara no estar extinguido el incendio.

Alfonso.—Y era inútil. Usted me olvidó hace tiempo.

Rosario.—¿Qué iba á hacer? Mía fué la culpa, tanto como de usted; no supe conservarle entre mis brazos, y se fué á los de otra: era lógico.

Alfonso.—¡Qué tiempos aquellos, Rosario! ¡Fuimos dichosos!

Rosario.—Tal vez lo seamos ahora más. Aquí viene otra vez su mujer.

Luisa.—¿Qué, no bailan ustedes?

Alfonso.—Yo ya sabes que nó.

Luisa.—Pero, en cambio, esta señora...

Rosario.—Me he retirado del baile.

Luisa.—¿Por qué? No es usted aun lo suficiente vieja.

Alfonso.—¡Luisa!

Luisa.—¿Qué? Tal vez recuerdos tristes la impidan ahora divertirse.

ESPERANDO... SENTADA



—Cuando todo eso del timbre y las utilidades esté arreglado, ya me avisarán ustedes.

La Saeta

Rosario.—¡Oh, nó!, recuerdos tristes, ¿por qué?, no los tengo, he sido dichosa... cuando lo he sido, y... aun espero serlo; no he hecho mal á nadie, ni he gozado con atormentar á persona alguna.

Luisa.—¡Oh, vida ejemplar!

Rosario.—Tanto, nó; vida apacible.

Luisa.—¡Qué lástima que todo haya pasado, para no volver!

Alfonso.—Luisa, ¿quieres que demos una vuelta?... Nuestros invitados...

Luisa.—Nó, quédate tú, yo iré sola; soy con ustedes.

Rosario.—Esto ya es imposible. Caballero: ¿he venido á su casa á que me insulten?

Alfonso.—Rosario, yo le juro...

Rosario.—Sí, ni un resto de amor y respeto le ha quedado para mí; al menos, como hombre de seriedad y como dueño de la casa, tiene usted la obligación de hacer respetar á todos sus convidados.

Alfonso.—Sí, Rosario, yo le diré á Luisa, á mi mujer...

Rosario.—¡Su mujer! Ese título le ampara; qué orgullosa y satisfecha se muestra. Ella puede llevar la frente muy alta, decir á todo el mundo: éste es mi marido, soy su mujer; los besos y las caricias que de él recibo, son legítimos, están sancionados por la Iglesia y por las leyes; puedo, por lo tanto, mostrarme satisfecha.

Alfonso.—Nó, Rosario, no puede; los efectos son los que uno se crea, nó los que los hombres les dan hechos; el amor es para los iniciados, para los que sienten, para los que creen; pensar que puede amar todo el mundo, es tontería; que dos seres se unan, no es lo mismo que dos seres se amen. Luisa no es de las mujeres á quienes se ama; ahora mismo lo ha demostrado su empeño; su afán en atormentaros lo manifiesta.

Rosario.—Tiene celos hasta del pasado, es natural.

Alfonso.—¡Quién había de decirnos que nos volveríamos á ver así, yo casado y usted tan indiferente! ¡qué tardes aquellas! ¡qué días de amor y de pasiones!

Rosario.—Hace usted mal en recordarlas; usted no ha variado en nada, ha sustituido á una persona por otra, y ha dado sus caricias á quien mejor le ha parecido. Yo, sola yo, soy la que he cambiado; al amor y á las locuras, ha sustituido la tranquilidad; al nido amante, el hogar apacible; al hombre querido, el recuerdo de una sombra.

Alfonso.—¡Rosario! ¡Qué loco he sido! ¿Por qué habré obrado como lo he hecho?

Rosario.—¡Qué! ¿Arrepentimiento?

Alfonso.—Sí, pena de mi delirio, de mi locura; he tenido la dicha en mi mano y la he despreciado; he podido ser el más feliz de los mortales y he desertado. ¡Rosario! ¡Qué estúpido debo parecerme!

Rosario.—Nó, desgraciado; eso sí.

Alfonso.—Entonces... todavía...

Rosario.—Calla, tu mujer viene.

Luisa.—¡Oh, qué gente, qué afán de criticar!

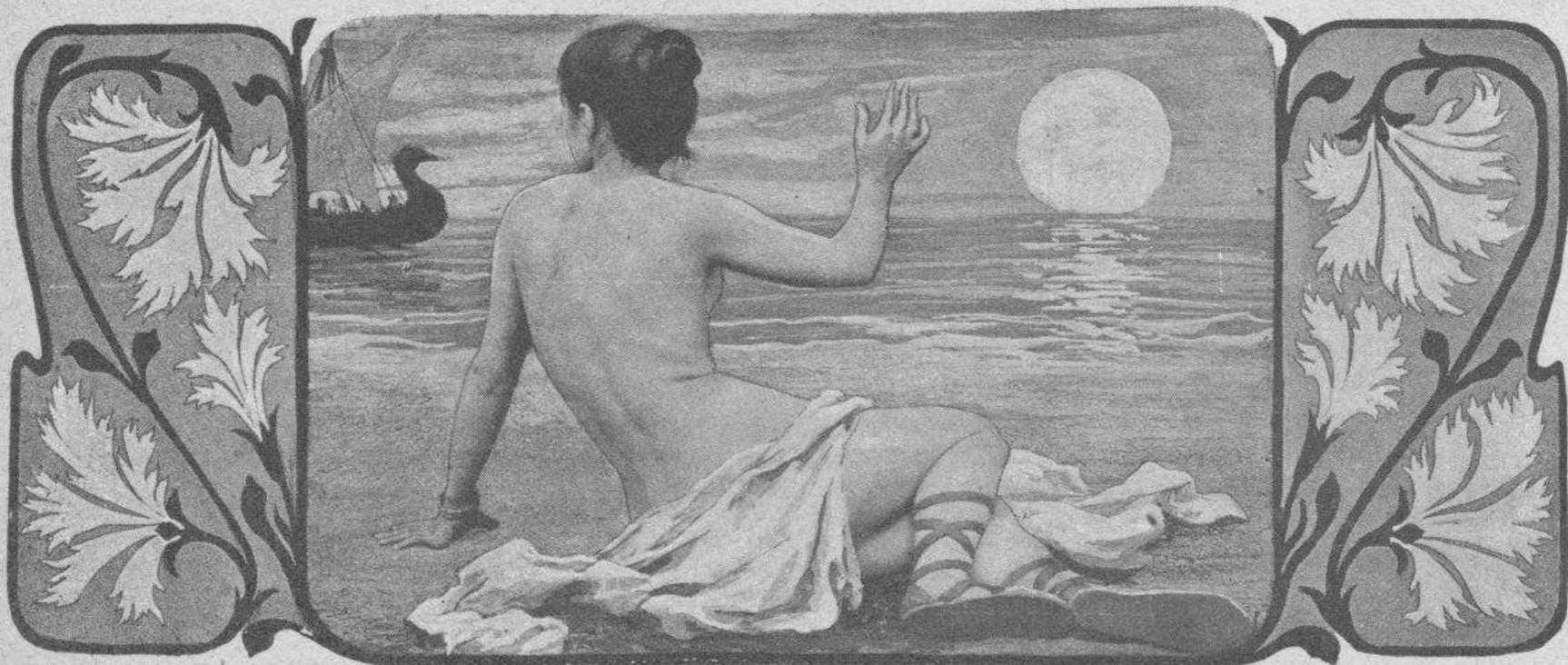
Alfonso.—¿Qué te pasa?

Luisa.—Nada; por ahí la gente, empeñada en llamarme la atención sobre ustedes, dicen que tome mis precauciones, que una conversación tan larga como la que tienen ustedes, puede ser perjudicial para mí. ¡Ja, Ja!, para mí. ¿Verdad que nó, Alfonso? ¿Verdad, Rosario? Ni usted está ya para emprender conquistas y aventuras, ni tú, Alfonso, tratarás de volver á un mundo que despreciaste al unirme conmigo.

Alfonso.—Luisa, tus palabras no son oportunas.

Luisa.—¿Que nó?, ¡ja, ja!; si es para que

JUNTO Á LA PLAYA



¡Y decían que este año el frío no iba á acabarse nunca!

todos ustedes mismos vean la tranquilidad de mi ánimo; vaya, sigan ustedes, voy á tranquilizar á las gentes respecto á la conversación de ustedes (*se aleja*).

Rosario.—¡Alfonso, esta mujer!...

Alfonso.—¡Oh, nó serás objeto de sus burlas, yo te lo juro! ¡Dios mío, qué error, qué error el mío!

Rosario.—¿Por qué? Todo tiene remedio. ¿Eras feliz antes?, sigue igual; ¿el rincón de mi casa y la posesión de mi persona eran tu dicha?, pues esas las tienes.

Alfonso.—¿Es posible, vida mía?

Rosario.—Sí, si crees que *todavía* puedo intentar aventuras, si eres de opinión contraria á tu mujer.

Alfonso.—¡Oh, no la nombres!

Rosario.—¿Por qué nó? Tengo que estarla agradecida; ella te hace volver á mí, á ella deberemos el reanudar nuestro idilio.

Alfonso.—Sí, mi vida; ahora para siempre.

Rosario.—¡Oh!, de eso yo bien me encargo; esta vez no tengo miedo de perderte.

AGUSTÍN R. BONNAT



La coqueta es como un globo:
para volar siempre lista,

¿suelta usted el hilo un momento?
¡Adiós!... Se pierde de vista.

Cuartillas sueltas

YA no tenemos Fomento. Es decir, ya no tenemos ministro de ese nombre.

Verdad que antes pasaba lo mismo, sólo que al revés, como dijo aquel cabo andaluz instructor de reclutas: que teníamos nombre de ministro, sin que se notara por ninguna parte la mano de éste ni el fomento en cuestión.

Un conocido mío, chalán él (*lo cual* no creo que nos desprestigie ni al tratante ni á mí) confundía lastimosamente los asuntos de dicho ministerio con... ¡no se rían ustedes! con el fomento de la cría caballar. Y le admiraba, al enterarse de las quejas de los maestros, que la instrucción pública estuviera incluida en el Ramo.

En España, tales confusiones no son cosa del otro jueves (aunque sí de éste, en que ustedes leerán lo que yo escribo): y lo son, precisamente, por eso, porque nunca fomentaron los ministros sino los *intereses públicos* de la política *propia*.

A un chalán no se le puede echar en cara semejante *quid pro...* etc. Mezclaba él la instrucción con los caballos, que son unas bestias pacientes y nobles; pero, ¿qué hacía Fernando VII? Pues Fernando VII, cerrando las Universidades y abriendo una escuela de tauromaquia, mezclaba la instrucción con los toros.

Los toros, además de no ser tan nobles ni tan pacientes como los caballos, son... son nuestra desgracia nacional.

Bueno, pues se conoce que Sivela ha pensado: son demasiadas cosas las que tiene que fomentar un hombre solo: el ministro ha de entender de agricultura, de industria, de artes... y de otras mecánicas, tan antitéticas y abrumadoras como el plantar coles y el transcribir el Sigfrido. Separemos las materias y puede que así sean más eficaces las iniciativas.

Además, el Presidente, que no es rana, ha borrado el nombre, por si acaso resulta que aun así y todo no se fomenta *ná*, que es lo probable.

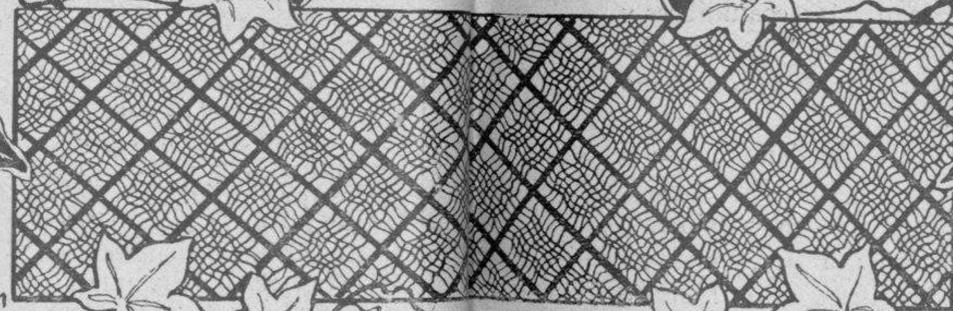
Sin embargo, conviene no ser pesimistas; puede que ahora los consejeros tomen en serio la agricultura y la instrucción, las dos únicas fuerzas que han de empezar á *regenerarnos*.

Si este noble ideal no se logra, el señor Silvela no habrá conseguido más que recargar con un sueldo las célebres tarifas de Villaverde, y de paso hacer un epigrama.

Habrá partido el Fomento por *gala* en dos.
Gala con uniforme.

CLAUDIO UGENA

LAS CUARO SOTAS



El mundo, en resumen más que un misterio,
la dicha una sombra, la un azar.
¿Debemos, por tanto, toda en serio?
¡Juguemos, juguemos!... es jugar!

III

Tus suspiros una vez
se juntaron con mis lágrimas
y nacieron del enlace
ilusiones y esperanzas.

IV

Son tus ojitos cañones
y tus labios artilleros
que al compás de tu capricho
apuntan y dicen:—¡Fuego!...

V

Después de cuanto has faltado
les extraña si te quiero.
¡Dios se me llevó á mi madre
y á Dios todavía rezo!...

VI

Entre sueños repetía:
—¿Quieres? y dijiste:—Bueno.
¡Ay serranita del alma,
qué dulce que fué aquel sueño!...

J. ENRIQUE DOTRES

CANTARES

I

Tus ojos son dos raudales
de luz; y tus labios, niña,
encierran un dulce aliento
que á gozar y amar convidan.

II

No quererte es un pecado
y el amarte es un delito;
yo te amo y te aborrezco,
mucho en ti pienso y te olvido.

III

En el cielo hay estrellitas
y en el mar hay mucha arena;
¡la tierra sólo lo ocupa
mi simpática morena!

IV

Si tu bellissimo rostro
asomas por la mañana,
te cantaré seguidillas
sentadito en mi ventana.

V

Las flores que tiene el campo
son de balde y no se prestan;
las del jardín de mi rubia...
¡Dios sabe lo que me cuestan!

VI

Son tus cabellos serpientes
y tu boca es el averno;
¡no te quiero, pues saliste
del abismo del infierno!

JOSÉ BORRELL

Cañitas

I

No te pareces á nadie
por tu modo de querer;
me estás rechazando el agua
y sé yo que tienes sed...

II

A muerte me han condenado
por quererte como un loco,
y no sufro, porque espero
la defensa de tus ojos...

El cazador modelo

Don Marcelo Garita, vecino de Barcelona, sujeto tan económico como trabajador y activo, tenía un hijo llamado Prudencio. Dicho hijo, muy lejos de seguir las costumbres y consejos que le diera el autor de sus días, observaba, por el contrario, una conducta tan diferente, que le obligó á su padre á recurrir á uno de sus amigos de mayor confianza, con objeto de que le aconsejase lo que debía hacer para que su hijo cambiase de vida.

Pronto el consejero encontró en su afición favorita el remedio para Prudencio, y se lo manifestó á su amigo.

La casualidad sin duda, hizo que el amigo á quien pidió consejos fuese un apasionado cazador, para que no le costara mucho trabajo el pensar que la afición á la caza, conseguía muchas veces hacer olvidar otras costumbres menos agradables. Manifestó á don Marcelo su opinión, diciéndole además que podía contar con la ayuda de su amigo, para todo cuanto le considerase útil, en el caso de que determinase poner en planta su pensamiento.

El bueno de don Marcelo, ébrio de placer como cosa muy natural ante la esperanza que abrigaba de poder ver á su hijo inclinado á una distracción noble y honrosa, la cual, tal vez serviría también para sustraerle de aquella especie de abandono que tan aniquilado le tenía y que tantos disgustos había ocasionado á su familia, no esperó á que transcurriera ni siquiera un día más para proponerle á Prudencio los beneficios que le reportaría el aficionarse á cazar.

Con la más viva intención, como se deja comprender, don Marcelo invitó á su hijo para ir á visitar una Exposición de pinturas. El joven no se hizo de rogar, pues tenía, á pesar de algunos defectillos, la buena costumbre de no desairar á su señor padre. En la Exposición se fijó don Marcelo en un cuadro que ostentaba, muy acabadamente pintadas, varias piezas de caza. Su propósito era ver si podría hacer llamar la atención de su hijo, cosa que consiguió, y aprovechando la oportuna ocasión, díjole á Prudencio:

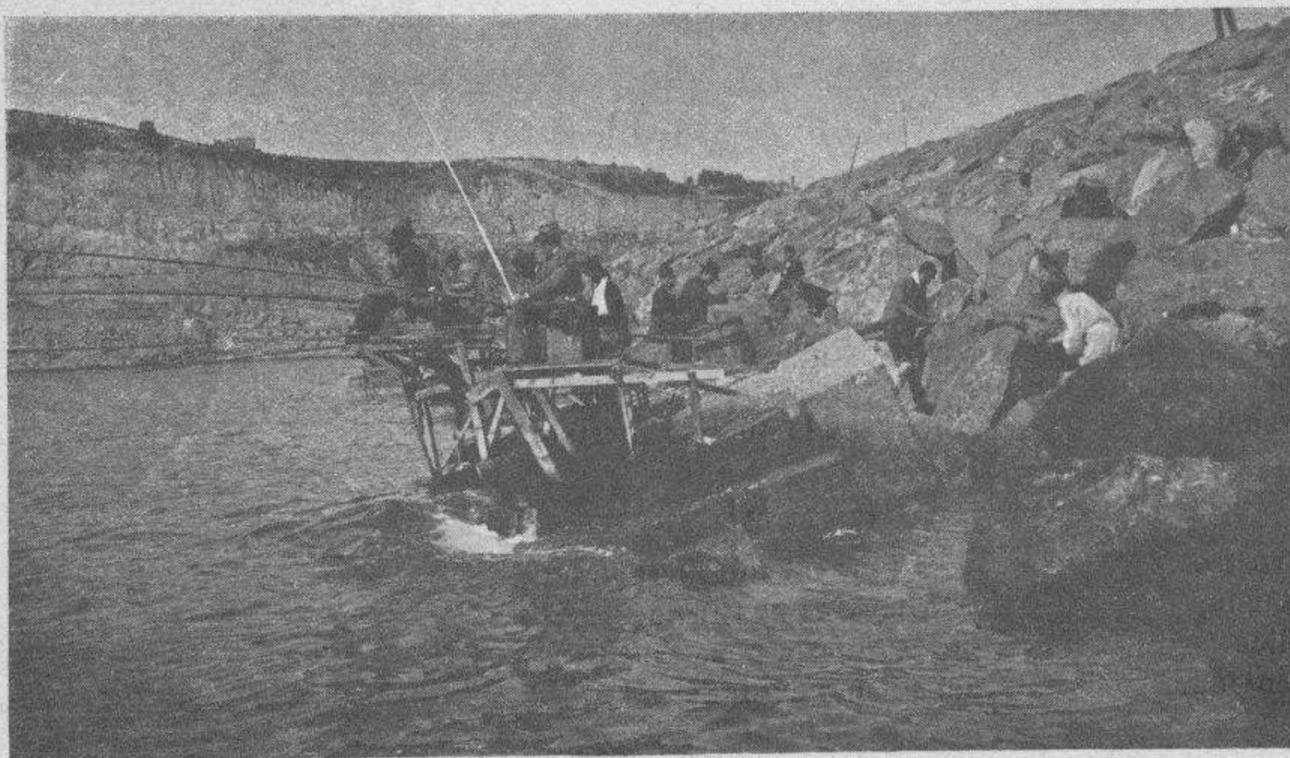
—¿No te gustaría hacerte cazador? Mira qué cuadro tan atractivo. Si yo me hallara ahora en tu edad...

—Si tuviera dinero para proporcionarme los útiles necesarios, mañana mismo,—contestó el muchacho.

—Eso, pues, no debe apurarte. Basta con que sea cosa de mi gusto, para que corra de mi cuenta.

Poco rato después, don Marcelo entraba en una armería de la Rambla de las Flores, con

ENTRETENIMIENTOS INOCENTES



Se pasa el rato alegre,
se mueve gresca

y si se pesca algo,
¡algo se pesca!

ánimo de comprar cuanto se necesitase para convertir á su hijo en un cazador modelo. Al día siguiente, Prudencio, transformado con su airoso traje y brillante escopeta, dirigióse hacia las huertas de casa Antúnez con el anhelo de cazar. La caza resultó de poca importancia; pues se redujo sólo á que quedasen privados de la apreciable vida, dos ó tres inocentes pajaritos; pero Prudencio, llegó á casa con buen apetito para despachar la cena. Lo que antecede, sucedía en el lunes de la primera semana del fresquito mes de Enero, y se repitió sin faltar ninguno, todos los demás días hasta el sábado.

Don Marcelo no sabía de qué modo podría agradecer á don Casildo, que así se llamaba el amigo, su prudente táctica.

De allí á poco ocurrió un lance que inició una serie de disgustos dignos de narrarse por lo chistosos.

Habíase corrido el cazador hasta la otra parte del Llobregat.

En aquella parte de marina, justo es confesarlo, existen infinidad de acequias muy anchas que obligan algunas veces, si se desconoce el terreno, á tener que andar horas enteras sin conseguir adelantar un palmo.

Prudencio, que no era práctico en tales pasos, pronto se vió en la necesidad de atravesar tales acequias á nado. Aquí probó la primera de sus aventuras, que sin ocasionarle el menor disgusto, le produjo, sin embargo, la más agradable satisfacción, por haberle favorecido la suerte con que en el sitio por donde acertó á pasarla, no alcanzara la altura del agua á la de las botas con que iba calzado. Pocos minutos después de haber recibido aquella alegría, le esperaba la desgracia, poniéndole en triste y apurada situación.

Algunas aves, que por cierto eran las primeras que á sus ojos prestaban animación, terminaron su vuelo en un estanque que se hallaba á muy corta distancia de aquel sitio, pero á la otra parte de la acequia que acababa de atravesar. Confiado, por tanto, en que podía volver á pasarla sin temor alguno, lanzóse como si fuera una chispa eléctrica, anhelando llegar lo más pronto posible á donde estaban aquellos ánades, que seguramente le parecería verlos ya adornando su zurrón.

Quiso la desgracia, presentándose contraria á los deseos de aquél, que por donde atravesara esta vez la acequia, el agua, por la causa de haber poca corriente, se hallase algún tanto estancada, y por la misma causa, puesto que el caudal alcanzaba mayor profundidad, subía más su nivel que la altura de las botas; razón suficiente para que éstas resultasen llenas.

Difícil en extremo se le hacía á Prudencio el andar, pero la sed que dominaba á éste, en la



Una hermosa bacante,
muy echada *pa* alante.



—Cuando los peces desean bañarse ¿cómo se las compondrán?

esperanza de ver si podría aprovecharse de aquellas aves, que ya las miraba remar por encima del estanque, no le dejaba sentir aquella carga que, además de su peso, no podía ser más molesta. Poco le faltaba ya para completarse su alegría; pero como quiera que para ponerse á tiro seguía avanzando por la orilla de dicho estanque, y que acechando los ánades no se fijaba en donde ponía los piés, pronto los dejó caer en sitio dominado por una especie de materia tan blanda como viscosa; cuantos esfuerzos hacía para desprenderse de ella le resultaban inútiles, y le obligaron, además, á juntar su rostro con la fresca alfombra. Fácil es considerar su estado cómo sería al separarse de aquel charco, cosa que consiguió, por fin, después de larga y reñidísima lucha. Dirigióse y llegó como pudo al punto desde el cual debía disparar. Y aun cuando el frío le privara casi por completo de poder hacer uso de sus facultades, un esfuerzo más que natural le permitió colocarse detrás de una junquera: apuntó y dióle gusto al dedo, pero el tiro no le obedeció. Apretó el otro gatillo, y... ¡oh desesperación!, en mal hora lo hiciera. En el combate que pocos momentos antes acababa de disputarse con el barro, quedaron ciegos los cañones de la escopeta con parte de aquella materia viscosa. Esto fué suficiente para que el cañón que disparaba reventase.

El cazador modelo, que casi se hallaba ya sin fuerzas, con el estruendo producido por la explosión y la furiosa é inesperada coz que le propinó su favorita compañera, quedó sin sentido. El cañón, destrozado por completo, producía efecto tan desconsolador á los ojos de Prudencio, que ni siquiera acertaba á darse cuenta de lo que le estaba sucediendo; pero al momento se acordó de las aves, y corrió hacia el estanque á ver si había quedado en él alguna de aquéllas para poder adornar su zurrón, que era cuanto deseaba; mas pronto tuvo que abandonar tal ilusión, y... aquí fueron los suspiros. El frío se había apoderado de él; perdida toda esperanza de llevar á casa ninguno de aquellos patos, desesperábase pensando qué dirían sus conocidos al verle de aquel modo tan deplorable y con la escopeta destrozada; y por último, cómo se presentaría á su familia, pues además ocultaba su mejilla derecha con un trapo blanco, y presentaba una hinchazón, producida por el beso con que le acarició su escopeta al tiempo de explotar. Todavía le faltaba algo más. Al pasar por delante de una casa de labranza, se le acercó un perrazo, y sin duda debería llamar su atención al ver á Prudencio en tan cómica postura, pues le dirigió un saludo muy poco de su gusto; como que se quedó con un pedazo de pantalón en la boca.

(Concluirá)

JOSÉ COLLADO

LIBROS Y COMEDIAS (1)

LA DAMA DE LAS CAMELIAS. Novísima traducción, por D. Torcuato Tasso Serra.

La colección Diamante que edita D. Antonio López, ha aumentado la serie con esta popularísima obra de Alejandro Dumas, hijo. *La Dama de las Camelias* ha llegado viva hasta nosotros, resistiendo el empuje y la lucha de distintas tendencias literarias, que desde su aparición han venido modificando el gusto de las gentes. Pocos libros logran, en lo que á su género se refiere, éxito tan prodigioso. Yo me lo explico, nó por el mérito de la novela, llamémosla así, pero por lo que tiene de humana la figura de Margarita Gautier, y sobre todo porque está intensa y profundamente sentida la redención de la pecadora y de mano maestra marcados los refinamientos y egoísmos de una raza sensual. Las protestas de Dumas son inútiles: bien claro se ve que no pretendió rendir parias al vicio ni á la vileza: Margarita no es un tipo asqueroso, seide procaz de la carne: es desde el principio hasta el fin ser ingenuo, noble, desgraciado, que paga el rescate de sus culpas con el sacrificio de su sangre, de sus ilusiones, de su felicidad; abnegándose, en suma, por el mismo amor que la levantó del polvo de la deshonor. Claro que en esta época no puede recrear el espíritu de tantos Duvalés como la celebraron en la suya; pero la narración no ha perdido un ápice de su interés, y en el fondo la historia de Margarita continúa repitiéndose con todos sus horribles pormenores en nuestra sociedad.

No es mi ánimo juzgar lo que escribió Dumas, sino hacer algunas reflexiones á propósito de la traducción. El señor Tasso la llama novísima, y tengo para mí que con buen acuerdo: he observado que está hecha con nimia escrupulosidad, con entero dominio de la índole, del carácter literario, que su autor imprimió á la obra: estudio nó tan fácil como parece en las de escritores franceses del tenor de Dumas, que sacrifican constantemente la forma al concepto, y que componen filosofando, hilando sutilmente con reflexiones é ideas las frases, removiéndolo con nerviosa mano en los tesoros de la filología.

La traducción suele ser *oficio* y no arte para muchos traductores: los más desconocen *ambos* idiomas, el *otro* (el que traducen) y el suyo, el que hablan familiarmente. Tasso no puede ser incluido en esta clasificación, y aun diré que si de algo peca es de todo lo contrario. Le he visto yo cazar al vuelo los

galicismos; los huele, les profesa un odio implacable, y el afán de evitarlos se convierte en él en manía plausible. No anoto el defecto, sino que señalo la virtud. Creo sinceramente que en esta traducción de *La Dama de las Camelias*, se ha excedido á sí mismo. Como he dicho antes, es admirable la conciencia con que conserva el *sentido* que imprimió Dumas al dramático episodio.

Pero no es raro en quien ha conseguido apoderarse de la endiablada, aunque bellísima prosodia de Michelet, que como la de Balzac, si bien la de éste en otro sentido, resultan de perlas para dar al traste con la paciencia de un santo. Por otra parte, del señor Tasso puede decirse propiamente que está familiarizado con los Dumas, el padre y el hijo, de quienes ha traducido gran número de obras, y ésta es ventaja que lleva todo hombre estudioso como él; porque ¿quién me negará que para interpretar el sentimiento, las ideas y el arte de un autor, es tan indispensable apoderarse del alma del autor mismo como de la psicología de sus obras? Ciertamente, aquí sí que se trata del espíritu, y nó de la letra.

Me parece, pues, digno de aplauso que el señor López haya enriquecido su biblioteca con esta obra, y que se le haya encomendado al señor Tasso la labor.

**

LO CANTIRET DE VIDRE

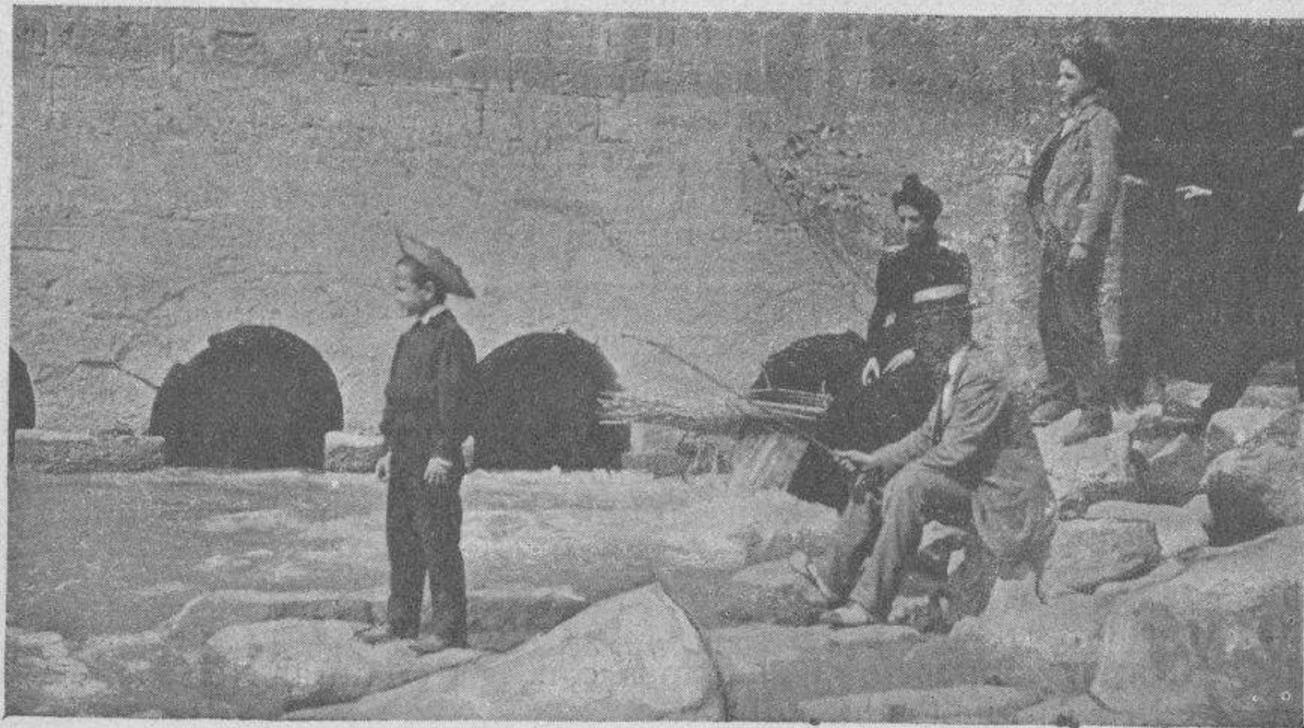
Joguina agre-dolsa, original de *Luis Millá*.

Está escrita esta pieza en verso correctísimo y feliz. Es, como en el título se indica, un juguete lleno de gracia, en que abundan las agudezas y en que no faltan chistes de buena ley. El enredo no está tejido con equívocos insustanciales y se convierte en sátira sencilla, pero delicada. Se reduce á castigar la desatinada ligereza de una doncella que se pasa la vida burlándose de los galanes, sin ver que el amor es para las coquetas como un cántaro de vidrio, y que, como dice el refrán, tanto va el cántaro á la fuente... que sobreviene el doloroso desengaño.

Esta obra mereció el aplauso del público, como tantas otras del mismo autor, y el señor Millá ha demostrado en ella una vez más sus recomendables disposiciones para el cultivo de este género.

Clak

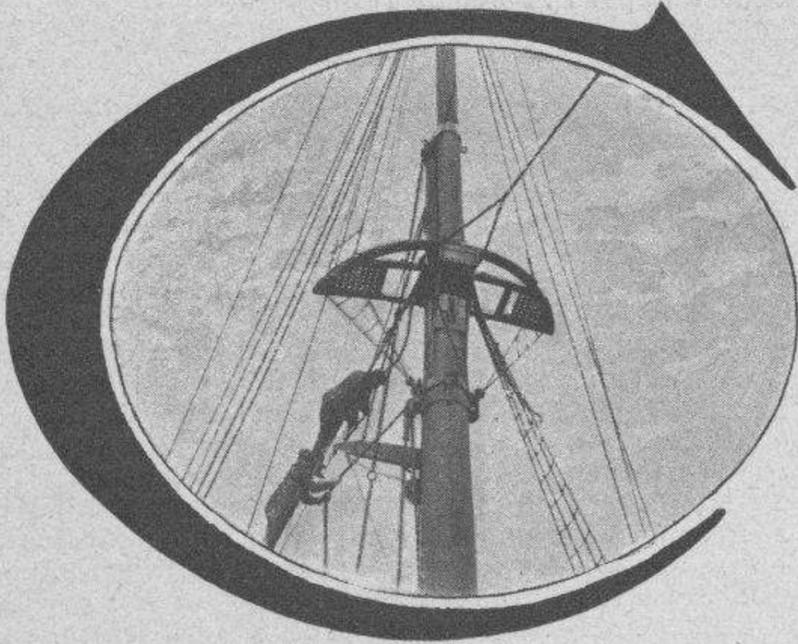
(1) De todos los volúmenes que se nos manden dos ejemplares se hará un estudio en esta sección.



MIS MUJERES

LA GITANA

I



¿Cómo es eso? ¿Por qué ha parado la diligencia?—No lo dije; fué imaginación mía, viendo que el vehículo no *andaba*. Oí al mayoral hablando duro: ¡no eran tacos los que se escapaban de su boca! Parecía el interior olla de grillos. Las mujeres chillaban. Se abrió la portezuela; saltaron al caminal los hombres; bajé el vidrio de la berlina, asomé la cabeza, y entre receloso é irritado, grité:

—¿Se le ha caído una herradura á ése, al animal de la derecha?

Sitio predilecto del que guiaba y regía tan singular convoy, verdadero anacronismo en época en que la electricidad habría anulado á los ferrocarriles si nuestros gobiernos no

fuesen tan... conservadores. Al mayoral le hablaba de tú. Le había conocido á las órdenes de mi padre, cuando apenas contaba yo cinco años, y si no me asistía derecho ¡claro que nó! para hacerle blanco de un epigrama cruel, por contra el infeliz tenía conciencia clara de que era bruto, pero muy bruto. Se acercó gorra en mano, y dijo:

—Señorito, es una muchacha que por poco si atropello.

—¡Vaya por el poco!—repliqué.

—Fortuna, señorito, que no se ha espantado la Estrella; ya sabe usted, señorito, que el zumbiar de una mosca la encabrita. La moza está desmayada. Suerte que ahí va un desagüe del Monroy, y han ido por agua fresca.

—¡Animal!—repuse.—¿Y con ese frío, y en esta noche, por qué no la metes aquí? ¡Pronto, salvaje!

Abrí la portezuela y salté con esa impetuosidad de la sangre moza que hierve en las venas, aun cuando la epidermis esté atarecida por la helada más dura; pero el mayoral, hombre recio, gañanote curtido al fuego del sol, y á las borrascas del aire (tan hecho á resistir sobre su cabeza y sobre sus nervudas espaldas los rayos candentes que abrasa la tierra en las terribles horas de la canícula, como los aguaceros torrenciales, furiosos, y las escarchas frías), fornido, atlético, no me dejó casi espacio para abandonar el estribo. Oír mi apóstrofe, desaparecer y presentarse con la inerte carga en los brazos, todo fué obra de un abrir y cerrar de ojos. Depositóla en los cojines granate deslustrado y descolorido, más por el polvo de las carreteras que por el uso, y exclamó con su habitual gracejo:

—¡Contra, recontra! No es de plumas la zagala. Va maciza. Hubiera sido una enormidad aplastar tanta carne; nó, y como volcarla me la vuelca la *cochá* ¡Cristo! Lo *pior* es que la Estrella *hubría perneado* y alguno de los zagueros se me *muée*. ¡*Reñeta*, señorito, la ruina de un *probe!*

Mientras se despachaba profiriendo tales *latines*, puse á la muchacha cómodamente, arreglé sus ropas descompuestas cubriendo la pantorrilla que el faldellín dejaba desnuda, y le desabroché el corpiño para que respirase con libertad. Noté que no llevaba corset y fué fortuna, porque no me atrevía á meter en su seno mis manos pecadoras. Cogí un pañuelo de seda y lo anudé extendido á su garganta. Los hombres continuaban de pie en el camino charlando y fumando; entre las voces confusas que llegaban á mis oídos, desafinó una, lamentándose de aquella parada forzosa, á media noche y en punto desierto donde, por no haber, no había ni un mal ventorrillo para refrescar el gáznate. En esas estábamos, cuando llegó el zagal con el agua.

—*Arri*, morralote, ¿qué has *io* por agua ó por uvas?—Le soltó su jefe, propinándole un manotón.

—*Ai corrio*,—contestó la pobre criatura entregando el pozal con que se daba de beber á las bestias;—*ai corrio* en *anduyendo pa allá*; pero *pa* acá no podía con el peso ¡concho!

Empapé con el agua fresca mi pañuelo y humedecí las sienes de la joven: no despertó; por más esfuerzos que hice continuaba sin sentido. Aquello ya no era un simple desvanecimiento: era un letargo rebelde y pertinaz.

—Señorito,—observó el mayoral cortado y vergonzoso.—Es muy tarde... yo, por mí... pero la gente, señorito... calcule, que si se llega con retraso, y se nos escapa el tren...

—Bueno, sí, tienes razón; ¿pero qué hacemos con esta criatura? No se la puede abandonar, ni sabemos quién es, ni adonde se dirige.



De todo un Poco.



Brilla más, de seguro,
sobre un semblante bello,

que una corona de oro
una mata de pelo.

emoción de la muerte, que aplicaba mi mano febril á su pecho para persuadirme de que la mujer respiraba aún. Viéndola, parecía una de esas figuras que el hálito frío deja dormidas sin alterar los contornos, sin mover las facciones, sin otro sello de la catástrofe que una suave rigidez en los miembros, y en el semblante un poco de nieve. Todo dormitaba también en el interior del vehículo; sólo se oía el campanileo y el trote perezoso de las mulas, animado de tarde en tarde por los juro y las imprecaciones del mayoral y las canturías del zagalote.

Por fin, noté que la joven salía de su letargo. Primero fué un estremecimiento casi imperceptible, como si recorriera todo su organismo una ola de sangre hinchada mansamente: cuando reflujo al corazón, el seno se levantó con gentil donosura; después abrió la boca y se escapó por ella un hondo suspiro. Volví á empapar el pañuelo y lo apliqué de nuevo á las sienes, donde se notaba ya el golpe seco de la pulsación. Abrió los ojos un instante, un segundo, y los volvió á cerrar; otra oleada más viva que la anterior, encendió sus mejillas dejando un tinte de rosa en ellas; levantó el brazo izquierdo que descansaba sobre la cintura y lo dejó caer fuera del diván.

—¡Animo!—Susurré con voz tiernísima, casi á su oído. Hubiera deseado llamarla cariñosamente por su nombre para que despertase sin conmoción ni sorpresa; pero lo único que yo sabía de aquella criatura infeliz, era que tenía un rostro adorable, sino muy hermoso, de fisonomía simpática, dulce, graciosa.—¡Animo!—repetí.—Nada tema usted.

Clavó entonces la mirada con expresión de pasmo en mi cabeza, casi caída sobre la suya. Se incorporó, observólo todo vagamente, llevóse una mano al pecho, y notando el desaliño de sus ropas, se irguió, gritando con acento duro:

—¿Qué significa?... ¿dónde estoy?

En aquel mismo momento, el mayoral abrió el ventano del pescante para decirme:

—Tengo aquí un poco de vinagre, señorito; ¿le hace á usted?

Medio irritado, medio sonriente, repuse:

—¿Ahora, grandísimo bruto?

—Ya me lo calculo ¡ajo, reajo! Yo tengo un buen natural como el más pintao de tós ustés... pero el oficio ¡ñeta!

—Mira, pues cortemos por lo sano: súbete al pescante y arrea: cuando recobre el conocimiento veremos lo que se hace. Si no es ésta su ruta, mañana retrocede contigo. Yo pago.

La última palabra no la oyó: subióse de un salto á su puesto, hizo restallar la fusta y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Arri... arri... arri... Estrella... chá, chá... ¡recontrarreajo!

**

A la menguada luz del farolillo de aceite que mantenía la berlina en singular penumbra, observé detenidamente el rostro de aquella joven que de tan raro é inesperado modo había caído en mi asiento: sostenía yo á la sazón su cabeza entre mis manos, pues tendida á lo largo del diván, y siendo difícil mantenerse de pie, á causa de los baches del camino y del traqueteo del coche, calculé que lo más cómodo y hábil era acomodarme en el extremo, con lo cual prestaría también un servicio á la enferma. Había abierto uno de los cristales para que entrara en el reducido ambiente el airecillo fresco, algo húmedo que olía á lluvia. En el cielo teníamos cerrazón.

Pasamos largo rato sumidos en aquella beatitud somnolienta: á veces cerraba yo los ojos y se me figuraba ir custodiando un cadáver, y tan profunda era aquella

J. F. Luján

Doce Exposiciones Universales

El pensamiento de las Exposiciones Universales nació en Francia. Turret, ministro de Comercio, fué el primero que lo concibió, en 1849, cuando París disponía los preliminares de la Exposición Nacional que se inauguró el 1.º de Junio de aquel año.

Sin embargo, desechada su hermosa iniciativa á causa de la oposición de la industria francesa, Inglaterra se apoderó del pensamiento y á ella le cabe el honor de haber inaugurado la serie de los grandes certámenes internacionales.

La primera Exposición Universal se celebró en Londres en 1851. Emplazóse en los terrenos de Hyde-Park y quedó abierta el 1.º de Mayo. El número de expositores llegó á 17 mil; los visitantes pasaron de 6 millones, y al cerrarse, el día 11 de Octubre, la Compañía que se había encargado del negocio pudo embolsar un beneficio de 5 millones de francos.

Francia, estimulada por el ejemplo, inauguró el 15 de Mayo de 1855 la segunda Exposición Universal, en los Campos Elíseos de París. El éxito fué grandioso; pero si los expositores llegaron á una cifra mucho mayor que en la de Londres, los ingresos distaron bastante de igualársele.

Deseando mantener su rango, Londres abrió el 1.º de Mayo de 1862, junto al Parque de Kensington, la tercera Exposición Universal. Aunque el resultado no dejó de ser lisonjero, ni la afluencia de visitantes superó á la alcanzada en el certamen de 1851, ni—lo que tal vez dolió aún más á Inglaterra—los ingresos fueron tan grandes. Sea por esta causa, sea por lo que fuere, los ingleses han renunciado desde entonces á organizar Exposiciones universales, contentándose con hacer, en todas las que en otras partes se celebran, formidable ostentación de su fuerza industrial.

Cuarta Exposición Universal: París, 1867. El lugar elegido fué el inmenso Campo de Marte, y permaneció abierta desde el 1.º de Abril al 3 de Noviembre. Fué visitada diariamente por 184 mil personas, contándose entre ellas los soberanos de las principales naciones de Europa. La diferencia entre los gastos y los ingresos arrojó un sobrante de 3 millones de francos.

Quinta Exposición: Viena, 1873. El Prater vió surgir como por encanto un conjunto de hermosas construcciones, que fueron la admiración de más de 7 millones de visitantes. Por desgracia, el éxito financiero dejó no poco que desear: 48 millones tuvo que afrontar el Estado para saldar el déficit. Imitando la prudente conducta de Inglaterra, desde aquella fecha Austria no ha vuelto á hacerlo más.

Sexta Exposición Universal. Celebróse en Filadelfia, en 1876, para festejar el centenario de la independencia de la Unión Americana. Fué inaugurada el 10 de Mayo y terminó el 10 de Noviembre.

Séptima Exposición: París, 1878. Edificóse, como la de 1867, en el Campo de Marte, y quedó abierta el 20 de Mayo, 19 días de retraso sobre la fecha señalada.

Octava Exposición: Melbourne (Australia). Tuvo poco más de un millón de entradas y fué inaugurada el 17 de Septiembre de 1880.

Novena Exposición: Barcelona, 1888. Recibió la vi-

sita de un millón 200 mil personas; abrió sus puertas el día 8 de Mayo y quedó cerrada el 9 de Noviembre.

Décima Exposición: París, 1889. Abierta desde el 6 de Mayo al 6 de Noviembre: Visitantes: 25 millones, cifra colosal, no alcanzada hasta la fecha por ningún concurso de este género.

Undécima Exposición: Chicago, 1893. Harto reciente para que necesitemos refrescar sobre ella los recuerdos de nuestros lectores. Abrióse el 1.º de Mayo y se cerró el 31 de Diciembre.

Duodécima y última Exposición Universal: París, 1900. Inaugurada oficialmente el 14 del mes que corre. Inmensa, rica, esplendorosa como ninguna, promete ser asombro del mundo y cerrar brillantemente el siglo XIX.

GLENER



—¿Que si han vuelto las oscuras golondrinas?
Y las mujeres guapas también.

Miscelánea

AVISO IMPORTANTE

Contestando á los lectores y corresponsales de España y América que á este propósito nos han escrito, LA SAETA tiene la satisfacción de manifestarles que con el mayor gusto publicaremos las fotografías que se nos remitan y de ello sean dignas, como vistas de monumentos y edificios notables, acontecimientos de resonancia, fiestas típicas y populares, retratos de personajes de significación, lugares y paisajes célebres, todo, en fin, lo que por cualquier concepto tenga carácter de actualidad, ofrezca interés y merezca ser conocido del público de ambos mundos.

Las fotografías que se nos manden deberán estar bien tiradas y venir acompañadas de una relación todo lo detallada posible.

Siempre dispuesta á complacerles, al agradecer á sus corresponsales y lectores los galantes ofrecimientos que en este sentido ha recibido, LA SAETA les da la seguridad de que sus envíos serán tratados con todo el cariño que se merecen y reproducidos en la forma y extensión que la índole de cada asunto requiera.

Dijo Agustín á Joaquín:
—¿A dónde mañana irás?
—A la feria de Albacín
á comprar un buen rocín.
—Pues allí me encontrarás,
respondió al punto Agustín.

Dos enamorados reñían acaloradamente. En el calor de la disputa cogió el amante la cadena de su reloj y la tira por la ventana, diciendo:

—Quiero que veas el caso que hago de tus regalos. Entonces ella cogió el reloj y hace con él la misma operación.

—¿Por qué tiras mi reloj?, dijo él.

—Para que el que encuentre la cadena, dijo la mujer furiosa, sepa la hora á que se la ha hallado.

Charada

Es *Todo* la bella Antonia
y si con la *Todo* está
apoyada en cualquier mesa
á punto de despachar,
en seguida la tertulia
oiréis que exclama:—¡Ole yá!
Yo tomo *prima segunda*
cada fiesta de guardar;
los otros días, *tercera*
de Aragón y nada más.
Su *prima cuarta* es hermosa
¡digo hermosa... angelical!

¿Y su cuerpo? ¡Vaya un cuerpo!
¿Y sus ojos? ¡qué mirar!
¿Y sus labios? Son sus labios.
lo mismito que el coral.
Juro á *dos* de charadista
—y eso es bien poco jurar,—
que al verla, pensamos todos
la misma barbaridad...
Y... que vaya á Salamanca
el que quiera saber más.

MORENO

Acróstico doble

- * x x x A — Mamífero
- * x x x A — En la música
- * x x x A — Nombre de mujer
- * x x x A — Trabajadora
- * x x x A — Lugar de nieve
- * x x x A — Nombre de mujer

Substituir por letras: 1.º, los puntos que leídos de arriba abajo den una provincia española; 2.º, las estrellas, también leídas de arriba abajo, den un nombre de mujer; y 3.º, las aspas que en toda la línea horizontal se lea lo que se expresa al margen.

IGNACIO CANAS

Trompo numérico

6	5	4	Astro
6	2	5	Mineral
4	5	1	5	Adjetivo
3	5	6	2	4	Planta
1	2	3	4	5	6	Nombre de varón
1	2	4	4	2	5	Batalla célebre
1	2	4	5	3	En el Ecuador
1	2	3	2	Parte humana
1	5	4	Vegetal
4	2	Nota musical
1	Cifra romana

FRAY CABRIOLA

Supresión de sílabas

1	2	3	4
1	2	3	X
1	2	X	X
1	X	X	X

Substitúyanse por sílabas los números y léase en la 1.ª línea, reinado español; 2.ª, ciudad de España; 3.ª, tiempo de verbo en presente; y 4.ª, ídem, ídem.

CANDILEJA

Soluciones á lo insertado en el número 491:

CHARADA.—Casados.

COMBINACIÓN GRÁFICA.—

BERLIN } A.... MI
MADRID } B... RITA
LISBOA } C.... BEDEL
ATENAS } Ch.. BLASON
 } D... SARDINA

Correspondencia

por CLAK

P. G. S.—¿Sabe que se me ha hecho la boca agua, leyendo su *Idilio campestre*? Porque verá usted: aquellas *magras mantecosas*, aquel

«... pescado que aun frito, parecía volar al infinito...»

aquellos *racimos untados de miel*, y tantas otras cosas, comestibles y bebestibles como usted nos sirve dando pruebas de ser un notable *cocinero*, son para volver loco de gusto á cualquiera. No digo que llenan el estómago, pero sí que abren el apetito.

Lo que no entiendo muy bien es por qué llama al vino

«leche de las ubres del sol,»

y además, lo que no entiendo tampoco, es por qué no se dedica usted á los guisos, en lo cual ganaría más fama y provecho que no versificando.

R. H. M.—¡Camará, qué charadas!... Usted versifica á puñetazos...

Gancho.—¿Con que á usted le ha gustado *tantísimo*? Pues... como de gustos no hay nada escrito, resulta que á mí ni *tantísimo* ni *ná*.

Jesús y Joaquín.—Entran en turno.

Sixto.—La pasión y muerte la han cantado muchos poetas, algunos *peores*; pero ninguno tan mal como usted. Prueba al canto:

«Y con el ala de color blanquecino cubrió la golondrina el labio Redentor divino.»

V. T. N.—Dice usted:

«La geografía es el arte de andar por la tierra y por los mares.»

Ya sé lo que va á pasar si publica usted el correspondiente tratadito: que nos llena usted de andarines el globo; de lo que no lo llenará es de artistas geógrafos. Y usted, para hacer experimentos, ¿ha anduvdo alguna vez por el agua?

O. G. H.—

«¡Qué bien se está en la cama cuando el sirviente nos llama... en las mañanas del invierno,»

¿en invierno tan sólo? Y en verano le digo yo al sirviente: ¡vete al cuerno si no quieres, maldito, que mi mano castigue fuertemente tu osadía! ¿Te parece á ti justo, gran villano, venirme á despertar cuando es de día?

R. D.—Está bien; procuraré complacerle; y usted procure dar á sus composiciones un aire más alegre... festivo, por supuesto en el buen sentido de la palabra.

L. O.—Gracias.

N. T. X.—No siempre, no siempre, amigo.

Pajarraco.—¿De mal agüero?

V. E. L.—Cantar con chispas.

«Surca el mar la gaviota, surca el aire el ruiseñor: ¿y yo qué surco, Carlota? Surco los ojos de tu amor.»

Así, no extrañaré que se rasque y le caigan á usted bellotas. ¡Cosas del surco!

J. G. R.—Utilizaré alguno.

Pito.—¡Qué mal lo toca usted! Estoy seguro de que no le sirve ni para alarimar á los serenos.

R. V. de H.—Empieza su «Soneto».

«La otra tarde salí con mi amada: ¿quien acierta donde me metí?»

¡Qué! ¿Es eso un logogrifo?

M. Z. A.—*Acrósticos* aquí... ¡No en mis días...!

A. M.—Sí, señor; es una desgracia que hayamos perdido todo eso que usted dice, pero creo que nos podemos consolar si usted renuncia á cantárnosla en octavas reales.

Esas desventuras se lloran en silencio, porque el silencio es muy elocuente.

G. T.—Lo publicaré más adelante.

Quichi.—Ya habrás visto que se te quiere. Recuerdos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre 6 pesetas.

Año 11 »

Extranjero y Ultramar, un año 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Violanna, y en las principales Farmacias.





20 cents.

Num. 493

